

fuerza hubiese sido tan buena como tu mano, valdrías más que Robin Hood. Dime ahora tu nombre bajo las hojas del bosque.

—No á fe,—contestó Robin,— hasta que no me hayas dicho el tuyo.

—Habitó en el valle, y he jurado prender á Robin; y cuando me llaman por mi nombre me dicen Guido de Gisborn.

—Pues yo vivo en el bosque,—añadió Robin,—y me llamo Robin Hood de Barnesdale, el cazador, el mismo á quien has buscado tanto tiempo.

Cualquiera que no hubiese sido pariente ni amigo de ninguno de los dos, habría gozado en verlos encontrarse con las centelleantes espadas y en contemplar cómo combatieron dos horas de un día de verano, etcétera, etc.

Al fin, el lugareño fué muerto, y el bandido salió del bosque, llevándose la cabeza de Guido de Gisborn. Por último, mató al *sherif* y libertó á Guiannino de la horca.

Es, en suma, el triunfo de la fuerza sobre la ley; del contrabandista contra los dependientes de justicia.

Robin Hood y Guiannino llegaron á una pendiente vestida de maleza.

—Muchas cargas de dardos hemos lanzado,—dijo Robin;—pero ya no me siento capaz de lanzar uno solo. Mis flechas no volarán más. Una prima mía habita al pie de esta altura. ¡Quiera Dios que consienta en sacarme sangre!

Robin bajó al monasterio de Kirkley lo más aprisa que pudo; pero, antes de llegar, le acometió un vivo dolor. Cuando estuvo junto al rico monasterio, cogió el aldabón de la puerta y llamó con fuerza: la prima de Robin se apresuró á introducirle.

—¿Queréis sentaros, primo Robin? ¿Queréis beber conmigo de nuestra cerveza?

—No; no comeré ni beberé hasta que no me hayas sangrado.

—Bebed. Tengo un cuarto que no conocéis. Venid, y os sangraré en él.

Le condujo con su blanca mano, haciéndole entrar en una estancia oculta, y allí sangró al valiente Robin, abriéndole la vena del brazo. Luego cerró la puerta, y la sangre estuvo saliendo todo el día, y continuó así hasta la mañana siguiente.

Robin vió entonces una ventana, por la cual se figuró poder huir; pero estaba demasiado débil para saltar ó para bajar. Se acordó entonces de su trompa de caza, que estaba á sus pies, y, llevándola á sus labios pálidos, sopló en ella tres veces débilmente.

Guiannino, que estaba sentado bajo un árbol, la oyó.

—Me temo,—dijo,—que mi amo esté en peligro de muerte. ¡Tanta es la languidez de ese sonido!

Y al momento corrió al monasterio de Kirkley, rompió dos ó tres cerraduras, echó abajo la puerta, llegó junto á Robin y cayó á sus rodillas.

—¡Oh, amo mío!—exclamó;—te pido una gracia.

—¿Qué gracia es esa, Guiannino?

—La gracia de pegar fuego al monasterio de Kirkley con todas sus monjas.

—No, no,—respondió el valeroso Robin;—no te concederé esa petición. Mientras he vivido, jamás he ata-



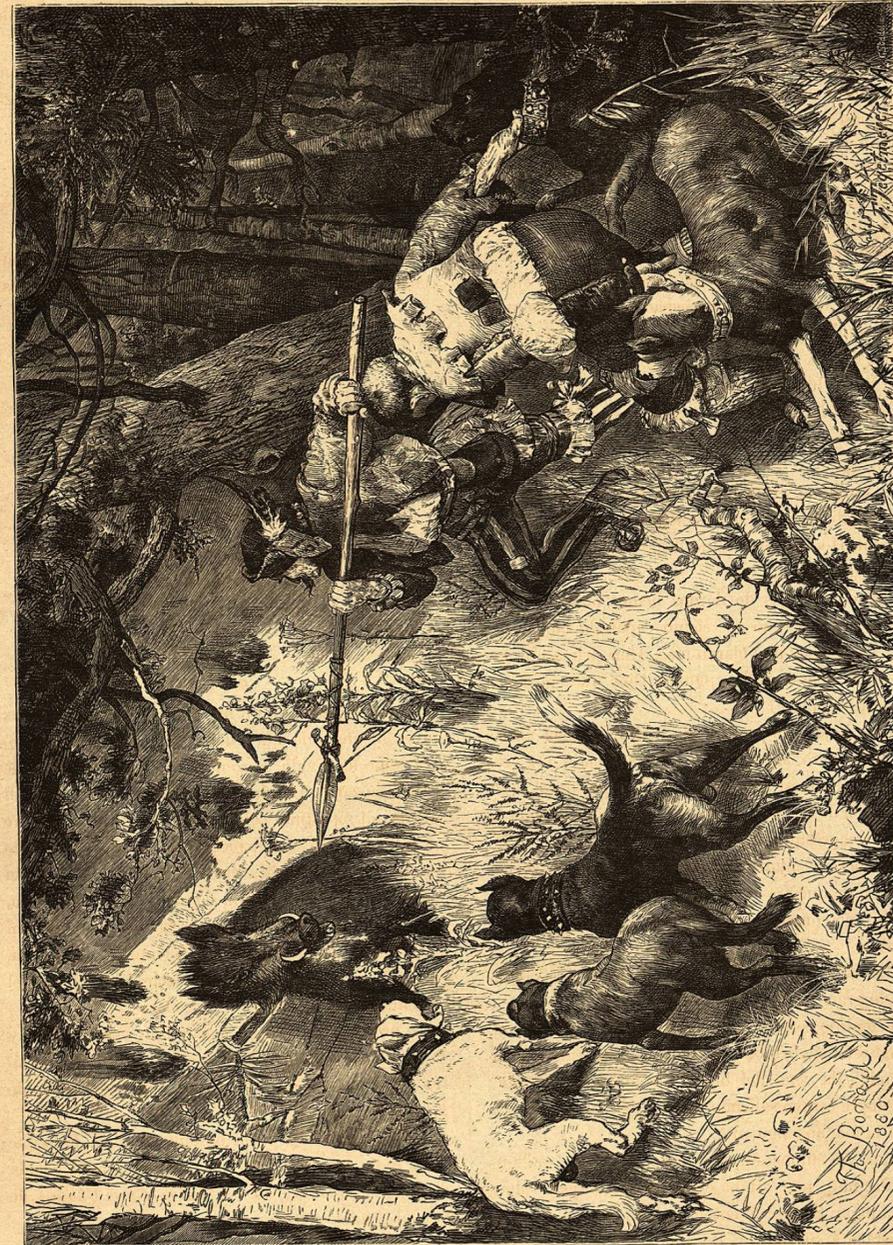
Halconeros (siglo XIV)

cado una mujer, ni á un hombre que la acompañase; nunca he ofendido á una doncella; y Robin Hood morirá como ha vivido. Pero dame mi arco tendido, que quiero lanzar una flecha. Donde caiga esta flecha, allí abrirás mi sepultura: colocarás un césped verde sobre mi cabeza y otro á mis pies. Á mi lado pon mi arco tendido: el arco de caza cuyo silbido fué para mí la más grata armonía. Haz mi sepulcro de tierra y yerba, á fin de que este monumento sea tan sencillo como mi vida. Y que tenga el tamaño suficiente para que el caminante se pueda sentar en él y decir: «Aquí reposa el valiente Robin Hood, célebre cazador.»

Le prometieron que se ejecutarían sus órdenes, y Robin murió contento. El héroe fué sepultado en el sitio que había elegido, junto al hermoso castillo de Kirkley.»

Johnson, crítico y poeta bastante clásico, decía que daría todas sus obras por haber compuesto la balada de *La caza de los bosques de Cheviot (Chevi-Chasse)*, de la cual citamos sólo una pequeña parte:

«Dios conceda larga posteridad á nuestro Rey, y vele sobre su vida y nuestra salud.



Caza del jabalí, por Koolhaas

Se dió una caza, una caza funesta, hace tiempo, en los bosques de Cheviot.

El conde Percy se puso en camino para perseguir al gamo con la jauría y la trompa. El valeroso Conde de Northumberland hizo voto ante Dios de que se divertiría durante tres días de verano en los bosques de Escocia, y que mataría los mejores ciervos que hubiese en las negras bandas de Cheviot, y se los llevaría.

La noticia llegó á oídos del conde Douglás en Escocia, donde habitaba; y envió á decir al conde Percy que estorbaría sus alegres proyectos. El inglés, despreciando el aviso, marchó al bosque con mil quinientos arqueros escogidos, que en caso necesario sabían dirigir las flechas al objeto más distante.

Los generosos lebreles siguieron con ímpetu las huellas del ciervo selvático. Se principió la caza el lunes, antes de amanecer, y mucho antes de mediodía habían ya matado cien soberbios gamos...

El conde Douglás, sobre un caballo blanco como la leche, se adelantaba á su comitiva á fuerza de barón intrépido; su armadura resplandecía cual si fuese de oro.

—Decidme,—preguntó,—de qué gente sois, vosotros que cazáis aquí con tal descanso, y sin mi licencia perseguís y matáis á mi gamo favorito.

El primero en contestarle fué el noble Percy.

—No queremos, ni declararnos, ni decirte de qué gente somos; pero estamos prontos á derramar nuestra sangre más cara á trueque de matar tus mejores gamos.

Douglás, entonces, profirió un juramento solemne, y lleno de cólera exclamó:

—Antes de que yo sea insultado de semejante mo-

do, uno de los dos perecerá. Te conozco bien. Eres conde, lord Percy; yo también soy conde...

Los dos valientes condes se encontraron al cabo, como dos capitanes de gran poder; se atacaron como dos leones en el fondo de las selvas, y se dieron cruel batalla.

Combatieron con sus espadas de acero templado, hasta que nadaron en sudor, hasta que sintieron su sangre caer como gotas de lluvia.

—Ríndete, lord Percy,—gritó Douglás.—Te conduciré bajo mi palabra; y Jacobo, nuestro Rey, te hará avanzar rápidamente. Yo perdonaré generosamente tu rescate, y diré de ti que eres el más valeroso caballero que he visto.

—No, Douglás,—respondió Percy,—desprecio tus ofertas. No quiero rendirme á ningún escocés de los nacidos hasta hoy.

Á estas palabras, un dardo agudo, partido de un arco inglés, abrió en el corazón de Douglás una profunda y mortal herida, y el Conde no profirió más que estas palabras:

—¡Seguid combatiendo, nobles vasallos míos! Lord Percy no me ve caer sino porque el término de mi vida ha llegado.

Y espiró.

Percy tomó la mano del muerto, y dijo:

—Conde Douglás: quisiera haber perdido mis dominios y que estuvieses aún lleno de vida. ¡Oh, terror! Mi corazón se desgarró al verte tendido en la yerba; porque de seguro la desdicha no ha abrumado á caballero de mayor fama⁽¹⁾.

(1) A su tiempo y sazón daremos noticias del *Libro del Rey Modus*, y de Gastón de Phoebus, Conde de Foix.



CAPITULO XIII

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CAZA EN ESPAÑA HASTA EL SIGLO XVI

I



OMEROS debemos ser, por falta de espacio, en esta rápida reseña de la *Historia de la caza en España*.

Al leer la historia, llena de palpitantes páginas, de guerras, aventuras,

torneos, amores y caza, aparecen con todos sus colores y caracteres aquellas razas que, siglo tras siglo, luchando con los árabes, poblaron el mundo de héroes.

Nada más grato para nosotros, si lo permitiera la índole de la obra, que narrar, reinado tras reinado, las crónicas venatorias en que pasaron sus ocios reyes y vasallos. ¡Cuántos hechos importantes se desarrollaron en el seno de aquellos castillos feudales y cortes características! ¡Cuántos asesinatos y muertes acacieron en las jornadas de caza!

La enumeración de hechos cronológicos venatorios, sobre ser monótona y pesada, es casi de todo punto imposible por falta de datos.

Casi todos los procedimientos legados de siglo en siglo hállanse á maravilla recordados por Argote de

Molina, que escribió en el siglo XVI, y cuyas principales páginas trascribimos en esta enciclopedia de caza.

Los señores y magnates, fuertes en sus amurallados castillos, fabricados, por lo común, en las breñas y asperezas del monte; las turbulencias de la guerra y las emociones de la caza; eran los únicos esparcimientos que accidentaban algo la triste sucesión de los días.

Las damas, sepultadas casi en perpetua soledad, bajo las bóvedas de los sombríos edificios solariegos, y palpitantes de ansiedad é incertidumbre cuando sus padres, sus esposos, sus hijos y sus hermanos salían á combatir, bien con los moros, ó ya con algún rival poderoso que hubiese atentado á sus fueros, á sus propiedades ó sus derechos, acogían con indecible regocijo los preparativos que se hacían en tiempo de paz para correr el monte, ó para organizar alguna lucida cabalgada de cetrería. Cuando se trataba de montar reses mayores, reuníase á las puertas del castillo de donde partía la comitiva una multitud de villanos, provistos de caracoles y otros ruidosos instrumentos; y seguidos de los perros corrían en pos de sus señores á auxiliarles en los trances y situaciones de la batida, que presenciaban las damas desde andamios enfaldados con ramas y adornados con rústico artificio.